

**Diciembre 21, 2000**

## **LA SABIDURIA SISTEMICA DE LAS MONARQUIAS**

**Por Agustín Saavedra Weise**

La antigua expresión "muerto el rey, viva el rey", entraña algo mucho más profundo que la mera asunción de un nuevo soberano por fallecimiento del anterior. Podríamos decir que es una relación sistémica, un elemento que señala la continuidad del sistema político, entendiendo a éste como al conjunto ordenado de estructuras que permiten la mantención en el tiempo de un mecanismo de autoridad con sus pautas de obediencia y legitimidad.

Es así como a lo largo de centurias, las monarquías tradicionales – esencialmente la japonesa y la británica– se convirtieron en símbolos de la nacionalidad a lo largo de tiempo y espacio. Recuérdese que luego de sesudos estudios a cargo de politólogos, los norteamericanos decidieron mantener al Emperador Hirohito como Jefe de Estado en el Japón vencido de la Segunda Guerra Mundial. No lo hicieron los yanquis por generosidad de triunfadores, sino con el objeto de impedir un colapso social de incalculables consecuencias. Obligaron, pues, al emperador Hirohito a que reniegue públicamente de su “divinidad” y recortaron drásticamente sus poderes, pero él permaneció nominalmente al frente del Imperio del Sol Naciente por mucho tiempo más. Hoy, como es sabido, tras la muerte de Hirohito reina su hijo, en un Japón transformado en superpotencia económica y que tiene su propio gobierno parlamentario con sus crisis recurrentes. Pero aún los nipones veneran al trono del Crisantemo como emblema de la unidad y de la continuidad histórica de su nación.

Algo similar sucedió a lo largo de los siglos, tanto en Gran Bretaña como en otros países europeos. Los reyes fueron evolucionando junto con el desarrollo político y económico. De déspotas absolutistas, pasaron a ser meros –pero vitales– símbolos de sus países, gobernados en la práctica por parlamentos surgidos del voto popular.

Las formas democráticas de las monarquías constitucionales probaron ser efectivas y mantienen a los pueblos satisfechos. En Bélgica, muchos piensan que si no fuera por la influencia benéfica de los monarcas, se podría haber desencadenado un conflicto entre las comunidades étnicas (flamencos y valones) del reino. De la misma

forma, cuando se reinstauró la democracia en España, muchos tomaron a risa en un principio el retorno de los Borbones. Hoy, Juan Carlos es respetado unánimemente hasta por los más recalcitrantes opositores a la Corona y debe reconocerse el rol crucial que tuvo en la transición hispana hacia la democracia plena, incluyendo su decisiva participación en pro del sistema al impedir el golpe militar de 1981.

En el Reino Unido, quizá más que en ningún otro país europeo, la monarquía fue sacralizada hasta convertirse en razón y ser de Gran Bretaña. Ingleses, escoceses, galeses e irlandeses del norte pueden diferir en muchos aspectos, pero siempre coinciden en el valor de la corona. De la misma manera, en el pasado y en el presente, la corona británica fue y sigue siendo venerada por los antiguos dominios y ex-colonias. Varios de los países que hoy configuran el "Commonwealth" –la Comunidad Británica de Naciones– tienen a Isabel II como jefe de estado nominal, aunque son soberanos y se gobiernan por sí mismos. Australia, Nueva Zelanda y Canadá, son tres típicos ejemplos.

Pese a haber presidido épocas muy difíciles, durante las cuales el viejo león inglés perdió gran parte de su poder en el mundo, la soberana es amada por sus súbditos hasta el límite de la reverencia. Mientras las aventuras y desventuras de sus hijos y nueras fueron comida diaria de chismes propalados por los tabloides de la famosa "Fleet Street" (calle donde se los edita) la monarquía sufrió duros golpes contra su prestigio, pero ni siquiera en los momentos más álgidos de los escándalos de hace unos años, la monarquía como institución llegó a ser discutida. Tal el grado de legitimidad que ostenta. El pueblo británico, en definitiva, realmente quiere a sus reyes; ellos sirven como adecuados símbolos nacionales y memoria histórica del devenir nacional. Lo mismo sucede en Japón y en otros lugares del globo donde la monarquía mantiene su vitalidad.

Muerto el rey, viva el rey. El sistema prosigue su marcha. Todo cambia para que todo siga igual, parafraseando la inmortal expresión del Conde de Lampedusa en su novela "Il Gattopardo". He aquí la sabiduría sistémica de las monarquías.

-----000000-----